

que les imposibilitaba de oponer resistencia alguna.

El general Moore habia abandonado la llanura el 31 de diciembre para penetrar en la montaña por Manzanal, villa distante algunas leguas de Astorga. El 1.º de enero se hallaba en Bembibre, de donde despues de haber intentado en vano hacer uso de su autoridad para arrancar á sus tropas de las bodegas y de las casas antes de la llegada de los dragones franceses, partió formando siempre la retaguardia con la caballería y la reserva, sin lograr que le siguieran todos los suyos, de los cuales cayó un número considerable en nuestras manos. Nuestros dragones, que marchaban á galope para darles alcance, cayeron sobre una larga fila compuesta de soldados ingleses, ébrios casi todos, y de mugeres, muchachos y ancianos españoles, que habian abandonado sus hogares sin saber donde ir á buscar un asilo, temiendo así á sus aliados, que saqueaban al emprender la fuga, como á sus enemigos que llegaban hambrientos, sable en mano, y con el derecho de no guardar consideracion alguna con las poblaciones insurgentes.

En Ponferrada, hallóse el general Moore perplejo entre escoger el camino de Vigo ó el de la Coruña, puesto que ambos conducian á dos buenas radas, escelentes para el embarco de un ejército numeroso. Prefirió no obstante el de la Coruña, porque siguiéndolo, necesitaba tres jornadas menos para alcanzar su fin. Anticipadamente habia obtenido ya del marqués de la Romana, que se dirigiese por el camino de Vigo que atraviesa por Orense, con el objeto de dejar espedito el de la Coruña para las tropas inglesas. Al propio tiempo

habiale dado tres mil hombres al mando del general Crawford, para que fuese á ocupar la posicion de Vigo, por si era preciso replegarse despues á esta ciudad y embarcarse en su puerto. Hecho lo cual, y despues de espedir correo sobre correo á sir Samuel Hood, comandante de la flota británica á fin de que trasladase todos los trasportes desde Vigo á la Coruña, se dirigió el 3 de enero sobre Villafranca.

Deseando detenerse alli, y conceder algun descanso á su gente, resolvió presentar un combate de retaguardia en Pietros, escogiendo una posicion militar escelente, en la cual podia defenderse con ventaja.

El camino que se eleva en aquel punto hasta llegar á un desfiladero muy angosto, descendiendo despues á una despejada llanura, pasa por el pueblo de Pietros, y luego vuelve á elevarse sobre una colina cubierta de viñedo, la cual habia escogido el general Moore para establecer sólidamente en ella tres mil infantes, seiscientos caballos, y un crecido tren de artillería.

El general Merle con su magoñica division, y el general Colbert con su caballería ligera, treparon hácia el primer desfiladero, llevando en vanguardia la infantería, para vencer los obstáculos que pudieran oponérseles. Pero los ingleses se hallaban al otro lado de la llanura, en la segunda posicion, y de consiguiente ninguno se ofreció al paso de nuestras tropas por aquel punto. Recobrando entonces la caballería la cabeza de la columna se lanzó á galope al llano, donde tuvo que detenerse á aguardar á la infantería, para quedispersándose en guerrilla pudiese contrarestar al

enemigo que se hallaba esparcido en la misma formacion. Impaciente en extremo el general Colbert por presentar las tropas en línea, se habia ocupado él mismo en colocar algunas compañías de cazadores, y cuando ejecutaba esta operacion, recibió un balazo en la frente, de resultas del cual espiró á los pocos instantes, manifestando gran sentimiento, no de perder la vida, sino de que se le cerrase tan prematuramente la brillante carrera que se habia propuesto recorrer.

Despues que el general Merle desembocó en la llanura con su infantería, atravesó el pueblo de Pietros, y en seguida asaltó la posicion de los ingleses con una columna que trepó hácia ella de frente, mientras que una nube de cazadores se esforzaba por atacar su flanco derecho, deslizándose por entre las viñas. Los ingleses se retiraron despues de haber sostenido un fuego vivísimo de artillería, dejando en el campo algunos muertos, y en nuestro poder algunos heridos y prisioneros. En aquel combate de retaguardia tuvimos la pérdida de unos cincuenta hombres entre muertos y heridos, ademas de la desgracia acaecida al general Colbert, oficial del mérito mas relevante. La oscuridad impidió á nuestras tropas avanzar en persecucion del enemigo, el cual evacuó aquella misma noche á Villafranca y se dirigió á Lugo, punto que segun se decia, era una magnífica posicion militar. Al entrar en Villafranca nuestras tropas, encontráronla devastada por los ingleses, los cuales habian penetrado en las bodegas y causado en ellas gran destrozo, saqueado las casas, y bebido tanto vino, que se hallaban tendidos en los rincones de la ciudad, á pesar de los esfuerzos que

hicieran sus gefes para traerlos á las filas. Nuestros soldados cogieron, pues, algunos centenares mas de ellos, y se apoderaron de una gran cantidad de municiones y bagages.

A la mañana siguiente continuóse la persecucion, no siendo posible avanzar mas que los ingleses, á causa del mal estado de los caminos y de las dificultades que presentaba el transporte de la artillería. Nuestros soldados se alimentaban de lo que dejaban los ingleses despues de haber saqueado y reducido á la desesperacion á sus infelices aliados.

Marchando, pues, constantemente sobre los pasos del enemigo, llegamos el 5 de enero por la noche á dar vista á Lugo. Durante la marcha habíamos recogido una numerosa artillería, y un considerable tesoro que los ingleses habian arrojado en los precipicios. Nuestros soldados se llenaron bien los bolsillos con él, bajando sin temor alguno á los barrancos mas profundos. Logróse salvar la suma de 1.800,000 francos.

Al aproximarse nuestras tropas á la ciudad, encontraron formado en batalla delante de ella ejército inglés. Viéndose el general Moore vivamente perseguido por los franceses, y observando que su ejército iba disminuyéndose á causa de la rapidez excesiva en las marchas, tomó la resolucion única que debe tomarse en semejantes casos, esto es, detenerse en una buena posicion, y ofrecer la batalla al enemigo. Con soldados tan sólidos como los ingleses y escogiendo una buena posicion defensiva, habia seguramente grandes probabilidades de triunfo. Teniendo la fortuna de salir vencedor, lograba el verse libre de los franceses

por largo tiempo, ilustrar su retirada por medio de un hecho de armas brillante, restablecer la moralidad de sus soldados, y terminar pacíficamente su marcha sobre la Coruña. Quedando vencido, sufría de una sola vez todo el daño. En la guerra además, cuando la cordura lo aconseja, el general debe arrostrar la derrota, y el soldado la muerte. Por otra parte no era posible hallar un punto mejor que Lugo para la ejecución de semejante designio. La ciudad, rodeada de murallas, se eleva en una eminencia, la cual se halla por un lado cortada perpendicularmente sobre el Miño, y bañada por el otro con las aguas de un pequeño río, hacia el cual va decreciendo gradualmente. La defensa de esta posición era tanto más fácil, cuanto que la pendiente se hallaba guarnecida por numerosos cercados. El general Moore formó sobre este campo de batalla en dos líneas los diez y seis ó diez y siete mil hombres de infantería que le quedaban; dispuso su artillería al frente, colocando al propio tiempo guerrillas en los numerosos cercados que defendían el lado practicable de su posición, concentró hacia sí la caballería que marchaba á la cabeza desde que había penetrado en el país montañoso, y nos presentó de esta manera, situados á pie firme delante de Lugo, cerca de veinte mil hombres, los cuales eran la fuerza que le restaba de los veinte y ocho ó veinte y nueve mil que tenía en Sahagun, en atención á que había perdido unos tres mil, y mandado cinco ó seis mil, unos á Vigo, y otros delante de su ejército.

Los franceses, que habían llegado el 5 por la noche delante de Lugo, hicieron alto en San Juan de Corbo frente al enemigo, á quien apenas dis-

tinguian, y escogieron una posición igualmente fuerte, desde la cual podían aguardar, sin perder de vista á los ingleses, y bastante seguros, la reunión de las fuerzas que se habían quedado atrás.

A la mañana siguiente 6, las dos divisiones Mermet y Delaborde, que marchaban detrás de la división Merle, llegaron en línea, pero habían dejado á retaguardia, además de la masa de rezagados que habían aprehendido, su artillería y sus convoyes de municiones, y no era así, por tanto, como debía de atacarse á los ingleses, puesto que había que tener en cuenta la triple inferioridad de número, de los recursos materiales y del terreno sobre el cual se trataba de combatir.

Los rezagados y la artillería, no obstante, fueron llegando sucesivamente, y el 7 por la mañana ya nos hallábamos mucho mejor dispuestos para presentar la batalla. Pero el mariscal Soult vaciló ante la fuerte posición de los ingleses, y aplazó el combate para el siguiente día 8, en el cual habían llegado ya á reunirse todos nuestros medios, menos una parte de la artillería. A pesar de esto, y preocupado cada vez más el mariscal Soult con las dificultades que ofrecía la posición del enemigo, remitió para la mañana del 9 el ejecutar por su derecha sobre el flanco izquierdo de los ingleses un movimiento de caballería que pudiese alterar su formación.

Era ya, empero, contar demasiado con la paciencia del general Moore, el presumir, que habiendo llegado éste el 5 á Lugo, y permanecido en su posición las jornadas del 6, del 7, y del 8, había de subsistir en ella el 9. — En efecto; habiendo podido disponer aquel general de tres días ente-

ros para hacer desfilas á sus bagages y sus tropas mas fatigadas, asi como tambien para restablecer la moralidad de su ejército y recobrar el honor de las armas por medio del ofrecimiento tres veces repetido del combate, se creyó ya dispensado de tentar por mas tiempo á la fortuna, y levantó secretamente el campo en la noche del 8 al 9 de enero, teniendo cuidado de dejar en él numerosas hogueras y una fuerte retaguardia á fin de engañar á las tropas francesas.

Nuestro ejército encontró en la mañana del 9 evacuada la posicion de Lugo, y en esta ciudad volvió á hacer nuevas aprehensiones de material y de víveres, recogiendo ademas en las inmediaciones de ella de setecientos á ochocientos prisioneros, que no se habian retirado á tiempo á pesar de las órdenes reiteradas de sus gefes. El restablecimiento de la disciplina obtenido por el general Moore fué de corta duracion, puesto que en las jornadas del 9, del 10, y del 11, empleadas en ir de Lugo á Betanzos, desbandáronsele cuerpos enteros, y nuestros dragones lograron capturar mas de dos mil ingleses y una cantidad considerable de bagages. El 11 llegó á Betanzos el general Moore; y atravesando en seguida la cintura de montañas que rodea á la Coruña, descendió sobre los bordes de aquel excelente y vasto golfo, en uno de cuyos recodos se halla situada la ciudad. Desgraciadamente para el general inglés, los vientos contrarios habian impedido hasta entonces á las flotas británicas dirigirse desde Vigo á la Coruña, y al notar que en vez de la multitud de velas que aguardaba ver en el puerto, solo habia uno que otro buque de guerra,

á propósito cuando mas para escoltar un ejército, mas en manera alguna para trasportarlo, el general Moore manifestó la mayor ansiedad y el ejército inglés la mas profunda tristeza. Esto no obstante, resolvieron tomar algunas precauciones para defenderse en la Coruña mientras llegaba la flota. Un ancho rio, y pantanoso en su embocadura, corre entre la ciudad y las montañas que habia que atravesar para llegar á ella: este rio lleva el nombre de Mero. El puente de Burgo, por el cual habian pasado los ingleses, fué volado por ellos, asi como tambien el polvorin que se hallaba situado á corta distancia de los muros, y el cual dió tan terrible estallido, que agitó el golfo como hubiera podido hacerlo una fuerte bocanada de viento. La parte mejor de sus tropas tomó posicion en las alturas que circundan á la Coruña, dejando la primera linea de ellas á los franceses, por considerarlas demasiado lejanas de la ciudad, y colocándose en las mas próximas y menos elevadas que se apoyan en la misma poblacion. Reuniendo, en fin, sobre la costa todos los enfermos, heridos y mutilados, asi como tambien todo el material, para embarcarlos inmediatamente en algunos buques de guerra y de trasporte que se hallaban surtos con antelacion en el golfo, el general Moore se decidió á aguardar de esta suerte, entregado á las mayores perplejidades, el cambio de los vientos, sin el cual no tenía otro recurso que pedir capitulacion.

De nuestras tropas, solamente la vanguardia habia seguido á los ingleses el 11 por la noche hasta el puente de Burgo, cuyos escombros vió saltar por los aires. En la mañana del siguiente dia fueron llegando, primero la division Merle, y

luego las de Mermet y Delaborde sucesivamente. Al verse el mariscal Soult detenido por el Mero, espidió la caballería de Franceschi á su izquierda á fin de que buscase algun punto por donde atravesarlo; pero aun cuando éste descubrió uno á bastante distancia no era á propósito para la artillería, y en esta atencion, mandó sobre la derecha algunos destacamentos que fueran explorando la costa del mar, con el objeto de erigir baterías que pudiesen enviar balas al centro del golfo, y aun hasta el muelle de la Coruña. Esto era sin embargo muy difícil á causa de la distancia del punto en que se hallaban.

Obligado, pues, el mariscal Soult á reparar el puente de Burgo, empleó las jornadas del 12 y del 13 en esta operacion, dando asi tiempo bastante á los rezagados y al material para que se le reuniesen. Habiendo logrado para el 14 que estuviere practicable el puente mencionado, hizo pasar parte de sus tropas al otro lado del Mero, atravesaron estas la línea de las alturas que se les habian abandonado, y fueron á establecerse sobre la falda opuesta, al frente de las que ocupaban los ingleses. La division Mermet formaba el ala izquierda, la division Merle el centro, y la division Delaborde la derecha, á una distancia que permitia levantar algunas baterías que tuviesen algo de accion sobre el golfo.

No considerándose, empero, bastante fuerte, mediante á que contaria á lo menos unos diez y siete ó diez y ocho mil hombres, mientras que las fuerzas de los ingleses ascendian, despues de los soldados que habian perdido, destacado, ó embarcado ya, á un número igual sobre poco menos en

batalla, el mariscal Soult resolvió aguardar á que sus filas fuesen llenándose de la gente que proseguia en marcha, y sobre todo, á que se encontrara en línea su artillería. Los ingleses aguardaban entretanto la aparicion de las flotas, cuya tardanza les hacia sufrir angustias tan crueles, que los principales gefes del ejército llegaron hasta el punto de proponer á sir John Moore, que entablase una negociacion, por medio de la cual les fuese dable, como lo habian conseguido los franceses con la de Cintra, retirarse de una manera honrosa. No teniendo, empero, como no tenian probabilidad alguna de salvarse, si los trasportes no llegaban pronto, era muy dudoso que pudiesen obtener condiciones satisfactorias, y en esta hipótesis, el general Moore rechazó toda idea de capitulacion y resolvió ponerse en manos de la fortuna, la cual le otorgó en efecto, como se verá despues, la salvacion de sus soldados, pero no la de su persona, colmándolo de gloria á precio de la vida.

Habiendo cambiado los vientos durante los dias 14, 15 y 16 de enero, aparecieron sucesivamente en el golfo multitud de velas, las cuales fueron aglomerándose sobre los muelles de la Coruña fuera del alcance de las balas francesas. Al distinguir nuestros soldados las embarcaciones, prurupieron en gritos terribles clamando porque se aprovechase el tiempo que restaba, puesto que veian, que si el combate no empezaba pronto, iban á escapárseles aquellas. El mariscal Soult, que habia llegado el 12 á presencia del enemigo, empleó las jornadas del 13, del 14, y del 15 en rectificar su posicion, en aguardar sus últimas tropas, y sobre todo, en colocar hácia su flanco izquierdo y

sobre uno de los puntos mas ventajosos, una batería de doce piezas, la cual enfilaba la línea inglesa cogiéndola de través.

El 46 por la mañana, y despues de haber reconocido definitivamente la posición de los ingleses, resolvió hacer una tentativa con objeto de atacar el un extremo de su línea, y de ver si podía rodearlos. El pueblo de Elvina, situado á nuestra izquierda y á la derecha de los ingleses en el terreno hondo que separaba á los dos ejércitos, se hallaba defendido por numerosas guerrillas de cazadores pertenecientes á la division de sir David Baird. Destacándose á cosa de medio dia la division francesa Mermet por orden del mariscal Soult, avanzó hácia el mencionado pueblo, mientras que nuestra batería de la izquierda causaba el mayor destrozo en la línea enemiga, disparando por encima de nuestros soldados. La division Mermet, conducida por su gefe con un vigor extraordinario, desalojó á los ingleses del pueblo de Elvina y los obligó á retroceder. A esta sazón, presentóse el general Moore en el campo de batalla, resuelto á combatir enérgicamente antes de embarcarse, y dirigiendo el centro de su línea, que lo formaba el general Hope, sobre el pueblo, á fin de que socorriese á sir David Baird, destacó hácia su ala derecha la division Fraser, con el objeto de impedir á la caballería francesa que rodease su posición.

Como la division Mermet se veia precisada á haberlas en virtud de este movimiento con dos fuerzas superiores, el mariscal Soult la mandó que se replegara, y el general Merle, que formaba nuestro centro, entró entonces en acción con sus

regimientos aguerridos. La lucha desde aquel instante se hizo encarnizadísima. El pueblo de Elvina fué perdido y recobrado por unos y otros diferentes veces. El 2.º de ligeros se cubrió de gloria en estos ataques repetidos; mas la jornada á pesar de esto, terminó sin ventaja ni de una ni de otra parte. El mariscal Soult, que tenia á su derecha la division Delaborde, la cual hubiera bastado sin duda para acabar con los ingleses si se hubiese dirigido oportunamente contra su centro, suspendió, sin embargo el combate, no queriendo empeñar, por lo visto, las tropas que le quedaban, y vacilando en pedir á la fortuna demasiados favores contra un enemigo que se hallaba pronto para emprender la retirada.

El combate terminó, pues, á la caída del dia, despues de una acción sangrienta, en la cual perdimos nosotros de trescientos á cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, y los ingleses cerca de mil doscientos, merced á los acertados disparos de nuestra artillería. El general Moore, que habia recibido, al conducir sus tropas al fuego, un balazo que le atravesó el brazo y la clavícula, fué trasladado en una camilla á la Coruña, donde espiró al final de una campaña, la cual hubiera podido ser, con una dirección menos acertada, un verdadero desastre para la Inglaterra. Aquel excelente general murió gloriosamente, y su pérdida fué muy sentida por el ejército, el cual, si bien le criticaba algunas veces, no dejaba por eso de hacer justicia á su prudente firmeza. El general sir David Baird habia recibido tambien una herida mortal. El general Hope tomó por tanto, el mando en gefe, y regresando aquella misma noche á la plaza, mandó

comenzar el embarco. Las murallas de la Coruña eran bastante fuertes para detener á nuestras tropas, y para dar á los ingleses tiempo bastante de hacerse á la vela.

Embarcáronse, en efecto, durante los dias 17 y 18, dejando abandonados, ademas de los heridos recogidos por nuestro ejército en el campo de batalla de la Coruña, algunos enfermos y prisioneros, y un inmenso material. En el trascurso de esta campaña, habian perdido cerca de unos seis mil hombres entre muertos, heridos, enfermos y prisioneros, mas de tres mil caballos muertos por sus propios ginetes, un inmenso material, nada si se quiere de su honra militar, pero mucho de su consideracion política para con los españoles; y se retiraban, por el pronto al menos, con la reputacion de ser impotentes para salvar á la España.

Si se les hubiera perseguido mas eficazmente, ó si la estacion los hubiera favorecido menos, es indudable que no habrian salido jamás de la Península. Algunos historiadores de estos, á quienes se les ocurren combinaciones á miles, despues de pasados los acontecimientos, han pretendido que recayese alternativamente sobre los mariscales Soult y Ney la culpa de que los ingleses no fuesen alcanzados y hechos prisioneros. Pero en primer lugar es muy dudoso, que atendida la inclemencia de la estacion, y el mal estado de los caminos, le hubiese sido posible á este mariscal caminar mas de prisa para alcanzarlos, y que el mismo mariscal Soult, que caminaba siempre picándoles la retaguardia, hubiese podido reunirse con ellos de manera que le hubiera sido dado el envolverlos. Y si

bien es verdad que la fortuna le habia deparado tres dias en Lugo, y cuatro en la Coruña, para asegurar, empero, que su indecision fué una falta, seria preciso saber si su infanteria, cuyos cuadros llegaban casi vacios todas las noches, estaba bastante compacta, y su artilleria asaz provista para combatir ventajosamente con un ejército inglés, igual en número, y situado constantemente en posiciones del mas difícil acceso. Mas aun dado caso de que pudiera promoverse una cuestion semejante respecto al mariscal Soult, no puede suscitarse en manera alguna respecto al mariscal Ney, el cual caminaba siempre á algunas jornadas de distancia del ejército británico. La suposicion de que debió adoptar el camino de Orense y dirigirse á la Coruña por Vigo, carece de fundamento. Ni el emperador, que se hallaba en posibilidad de conocer los lugares, ni el mariscal Soult, á quien se habia dado facultad para requerir el auxilio del mariscal Ney cuando lo creyese necesario, imaginaron entonces que pudiera darse tal rodeo. Para ello hubiera sido preciso que este mariscal recorriese una doble distancia por caminos impracticables, y de todo punto inaccesibles para la artilleria. Y efectivamente, habiendo manifestado deseos el mariscal Soult, cuando ya tocaba á su fin la retirada, ó sea el 9 de enero, de que la division Marchand se dirigiese sobre Orense para observar al marqués de la Romana y á los tres mil ingleses de Crawford, el mariscal Ney ordenó este movimiento al general mencionado, el cual pudo efectuarlo únicamente con parte de infanteria y sin llevar consigo ni un solo cañon. A no dudarlo, hubiérase quedado empantanado el mariscal Ney en esta ru-

ta, si se hubiese decidido á emprenderla con todo su cuerpo de ejército.

Lo que si se podía haber hecho, y no se hizo, era que las tropas del mariscal Ney marchasen inmediatamente detrás de las del mariscal Soult, de manera que ambos cuerpos hubieran podido reunirse en un solo día. De este modo, y merced á los tres días de detencion en Lugo y cuatro en la Coruña, hubiera sido fácil combatir á los ingleses con cinco divisiones. El mariscal Ney, á quien en virtud de órdenes del cuartel general, se puso á disposicion del mariscal Soult, ofreció á éste el ir á incorporársele, y solamente recibió de parte suya la invitacion tardía de que le prestase una de sus dos divisiones, cuando ya no era tiempo de que esta pudiese llegar en ocasión oportuna (1). Y véase aqui un nuevo ejemplo de la divergencia de las voluntades, y de la estralimitacion de los esfuerzos, cuando Napoleon no se hallaba presente. La verdadera desgracia, la falta verdadera que hubo en aquella ocasion, fué la de que Napoleon no pudiese ir en persona persiguiendo á los ingleses, para que hubiera obligado á sus lugartenientes á reunirse y destruirlos. Hallabase, empero, retenido en otra parte por la irreparable falta que cometiera en su vida de acometer á un tiempo muchas empresas, y mientras que su presencia era necesaria en Lugo para acabar con los ingleses, llamábanle á Valladolid los preparativos para hacer frente á los austriacos (2).

(1) Esta circunstancia se halla comprobada por la correspondencia de ambos mariscales.

(2) Véase, en efecto, lo que escribia á este propósito al ministro de la Guerra y al rey de España.

Cada vez mas solícito por la urgencia de los acontecimientos del Austria y de Turquía, los cuales le revelaban una guerra general, decidióse tambien á partir de Valladolid para dirigirse á París, dejando los asuntos de España en un estado, que le permitia á esperar que no tardaria en realizarse la entera sumision de la Península. Con efecto; los ingleses habian vuelto á refugiarse en el Océano; los franceses ocupaban todo el Norte de la España hasta Madrid; el sitio de Zaragoza proseguia con actividad, y el general Saint-Cyr se hallaba victorioso en Cataluña. Napoleon tenia el proyecto de enviar al mariscal Soult á Portugal con el segundo cuerpo de ejército, dejando al mariscal

*Al ministro de la Guerra.*

VALLADOLID, 13 de enero de 1809.

«Por el parte adjunto vereis que el duque de Dalmezia entró el 9 en Lugo.

«El 10 ha debido llegar á Betanzos. Los ingleses quieren, por lo visto, embarcarse en la Coruña. A estas horas les hemos hecho ya tres mil prisioneros, y han perdido veinte piezas de artilleria, de quinientos á seiscientos carros de bagages y municiones, parte de su tesoro y tres mil caballos, á los cuales han dado muerte ellos mismos, segun su estraña costumbre. Todo me induce á esperar que serán alcanzados antes de llegar á la Coruña, y batidos. *A veces me arrepiento de no haber ido yo mismo en su persecucion; pero distan de aqui lo menos cien leguas, y con los retrasos que sufren los correos á causa de los infinitos guerrilleros que infestan la retaguardia de los ejércitos, me hubiera puesto á cien leguas de París: este inconveniente me ha asustado, máxime estando tan cerca la primavera, la cual hace temer nuevos movimien-*



Ney en los montes de Galicia y Asturias para que redujese definitivamente á la obediencia aquellas comarcas tan obstinadas y tan rebeldes, y tenía igualmente el de establecer al mariscal Bessieres con numerosa caballería en las llanuras de las dos Castillas, al propio tiempo que el de encaminar al mariscal Victor por Estremadura sobre Sevilla con tres divisiones y doce regimientos de caballería, mientras que el mariscal Soult marchaba hácia Lisboa. Una vez dueño éste de la mencionada capital, podia espedir una de sus divisiones al mariscal Victor para que le ayudara á someter la An-

*tos sobre el continente.* El duque de Elchingen se halla en segunda línea detrás del duque de Dalmacia: la fuerza de los ingleses es de unos diez y ocho mil hombres. Entre cansados, enfermos, prisioneros y ahorcados por los españoles, han disminuido sus tropas una tercera parte; si á ella se añade los caballos inutilizados por los ginetes, dudo que puedan presentar arriba de quince mil infantes y de mil quinientos caballos, cuyo número es bien inferior al de treinta mil, que antes contaba este ejército.

*Al rey de España.*

VALLADOLID, 44 de enero de 1809.

«...Véome obligado á permanecer en Valladolid para recibir mis estafetas de París en cinco dias. Los acontecimientos de Constantinopla, la situacion actual de la Europa, y la nueva formacion de nuestros ejércitos de Italia, de Turquía y del Rhin, exigen que me aleje mas. *Conharto sentimiento mio me he visto precisado á abandonar á Astorga.*

«En Madrid hay unos mil hombres de mi guardia, enviádmelos.»

dalucia. Las tropas del antiguo cuerpo de Moncey que se hallaban sitiando á Zaragoza, podrian igualmente, asi que esta ciudad fuese tomada, emprender el camino de Valencia, y terminar por su parte, la conquista del Mediodía de España. Mientras se ponian en ejecucion estos movimientos tan sabiamente combinados, el rey José situado en Madrid con la division Dessoles, (tercera de Ney) la cual habia regresado á la capital, y con el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, tendria una considerable reserva, suficiente para hacerse respetar por los habitantes y para acudir donde fuese preciso. De manera, que segun las miras de Napoleón, dos meses de operaciones debian bastar, si la intervencion de la Europa no acudia á modificar el estado de los asuntos, para someter completamente la Península, incluso Portugal, sin emplear mas soldados que los existentes en ella.

Por el pronto, sin embargo, Napoleón queria conceder un mes de reposo á sus tropas, desde mediados de enero, hasta mitad de febrero, que era el tiempo que podria durar á su juicio, el sitio de Zaragoza. En el trascurso de este mes, el mariscal Soult reuniria toda su gente, y agregaria á ella las porciones del ejército de Junot que no se le habian aun incorporado; las divisiones Dessoles y Lapisse, que habian recibido orden de regresar sobre Madrid, tendrian tiempo de llegar, y de tomar algun descanso en la corte; la caballería podria rehacerse y ponerse en disposicion de marchar, y de este modo quedarian arregladas todas las cosas para obrar en el Mediodía de la Península. La única operacion que Napoleón prescribió que se llevase á efecto inmediatamente, consistia

en que el mariscal Victor se dirigiese con las divisiones Ruffin y Villatte sobre Cuenca, á fin de acabar con los restos del ejército de Castaños, cuya fuerza daba señales de estar meditando alguna tentativa. Las órdenes de Napoleon fueron dadas conforme á estas miras. Encaminó hácia el mariscal Soult los restos del cuerpo de ejército de Junot; hizo preparar un pequeño parque de artillería para el mariscal Victor, á fin de que pudiese forzar las puertas de Sevilla en el caso de que esta capital quisiese oponer resistencia; ordenó que se tuviesen depósitos de caballos para remontar la artillería, é hizo partir de Bayona en batallones de marcha los quintos destinados á reemplazar las bajas de los cuerpos, mientras estos disfrutaban del mes de reposo que se les habia concedido. Pareciéndole que el general Junot, el cual habia reemplazado al mariscal Monecy en el mando del tercer cuerpo, y que el mariscal Mortier que marchaba á la cabeza del quinto, no trabajarían con bastante actividad en el sitio de Zaragoza, envió al mariscal Lannes, restablecido ya del todo, para que se encargase de la direccion superior de ambos cuerpos, con el fin de que hubiese mas vigor á la par que mas conjunto en los trabajos de aquel sitio, el cual iba haciéndose ya una operacion de guerra tan singular como terrible.

Napoleon por último, se ocupó en preparar la entrada de José en Madrid. Este príncipe habia permanecido hasta entonces en el Pardo, impaciente en extremo por entrar en su capital, mas sin atreverse á ponerlo por obra sin la autorizacion de su hermano, á pesar de las instancias vivísimas con que le llamaba la poblacion entera, la cual veia en

su regreso una garantía de un régimen mas suave y tenia certeza de que el poder civil substituiria al poder militar. Como ya hemos dicho, Napoleon se habia empeñado efectivamente, en hacer esperar á su hermano, y en que se inscribiese en los registros de las parroquias de Madrid la prueba del juramento de fidelidad prestado por las cabezas de familia, diciéndoles que no pretendia imponer al rey José á la España, pero que si los españoles no le querian, les aplicaria los derechos de la guerra, tratándoles como á país conquistado. Movidos por este temor, y libres de las influencias hostiles que las escitaban contra la nueva monarquía, los habitantes de Madrid habian acudido á sus respectivas parroquias á prestar sobre los Santos Evangelios juramento de fidelidad al rey José, y aun cuando efectuaron esta formalidad en el mes de diciembre, todavia no les habia sido devuelto en enero el rey, cuya llegada deseaban, á pesar que no contaba con sus simpatias. Napoleon consintió al fin en que José hiciese su entrada en la capital, pero antes quiso que se le llevase á Valladolid el registro de los juramentos por una diputacion, á la cual recibió con menos severidad que á la que Madrid le enviara en diciembre, si bien le declaró en términos precisos, que, si José volvía á verse obligado á abandonar la capital por segunda vez, sufriría esta la mas cruel y la mas terrible ejecucion militar. Napoleon habia descubierto clara y distintamente en la abnegacion exagerada del pueblo español hácia los Borbones, las pasiones demagógicas que le agitaban, á pesar de que estas se producian bajo tan estraña forma: eran, á no dudarlo, la demagogia mas violenta oculta bajo las apa-